

Hércules y Don Juan

Por Max AUB

Creo que todos los ensayistas de nuestro tiempo, es decir, el que empieza con las guerras civiles o de independencia, a principios del siglo XIX, y acaba con el estallido de la bomba de Hiroshima, han hablado de don Juan; dejando, además, aparte, a poetas, dramaturgos, novelistas.

Es un lugar común de reunión; porque sus aventuras cristalizan consciente e inconscientemente los afanes de muchos; y porque ejemplariza el afrontamiento del pecador con su castigo o su perdón ultraterrenos. En esta duplicidad está la raíz de su atracción secular.

Es posible que Tirso creara a su don Juan como resultado de la feroz discusión entre dominicos y jesuitas, resuelta, en su tiempo, en favor de los segundos, referente a la predestinación y el libre albedrío. Es decir, si el hombre había de confiar más en sus obras que en la fe o al revés. Ya en *El condenado por desconfiado* había planteado el mercedario el mismo problema; pero allí el criminal se salva, así lo ajusticien los hombres, mientras se condena el que fuera, en un tiempo, santo varón. Supone Américo Castro que la tesis de *El condenado por desconfiado* encerraba un peligro para el vulgo de los corrales de comedia: que sacara la consecuencia de que los crímenes no importan si una buena obra, a la postre, permite que la misericordia divina salve al "malo"; y que su autor, para obviar ese posible peligro, escribió *El burlador de Sevilla* donde el que mal obra, mal acaba.

"Por primera vez en la historia del arte cristiano —agrega Américo Castro— nos hallamos ante un caso de violento satanismo." Es decir, que el "traidor" aparece revestido de todas las galas de lo amable. "*Tirso* nos traza la figura de un ángel rebelde, de un verdadero Luzbel, (que) detrás de la soberbia deja transparentar las huellas de su ser glorioso... Don Juan es noble, bello y héroe. Las princesas de todos los tiempos no se han enamorado nunca de otra cosa. Don Juan es hermoso elegante y fuerte. Llámamele, por sus proezas, el *Héctor de Sevilla*."

Evidentemente, las engañadas —Isabela, Tisbea, doña Ana, Arminta— estaban destinadas a otros hombres; don Juan las burla recurriendo a las tretas, siempre vigentes en las tablas, de la comedia grecolatina: asumiendo el papel de otro o valiéndose de falsas promesas. Pero no le servirían si no fuera apuesto y vigoroso. Lo es.

Don Juan es el primer héroe, el primer galán simpático y de malos sentimientos; como el *Príncipe* había sido el primer gobernante que los acepte más o menos públicamente y *Tartufo* el primer beato que se moverá a impulsos de motor parecido.

En el siglo XVII español, a pesar de que la preocupación primordial era la religiosa, crecen por todas partes otros intereses. Por eso pudo Tirso dar al *Burlador de Sevilla* la dimensión que le otorgó. Ahora bien, para él lo esencial, en su drama, es todavía el problema de la salvación o la condena del alma de su personaje. Lo pierde sin remedio. (Tal vez, si hubiese sido dominico lo hubiera salvado *in extremis*, como lo harán, más tarde, otros poetas dramáticos con beneplácito del público y de la Iglesia).

Es curioso observar que a la medida del paso del tiempo también crece su edad; del Tenorio de Tirso al hombre maduro de Lenau; y hay comedias del siglo XX donde le veremos viejo, sin olvidar que alguno, a más de relacionarlo con Fausto lo ha hecho con el Judío Errante; así Aragón haya hallado sus huellas en Julien Sorel. Don Juan se convierte en mito; es el gran aventurero de nuestro tiempo: el conquistador del continente femenino, la gran creación de la época moderna.

Otra señal de las edades es que, sucediendo casi todo el drama de Tirso al aire libre, poco a poco vendrá a desarrollarse en locales cerrados. No es un hecho fortuito: de enfrentarse con Dios, don Juan pasa a hacerlo con los hombres (con don Luís, con el Comendador, con doña Inés). "El inmenso espacio trágico-barroco —señala Casaldueiro— deja lugar al diminuto espacio rococó de una intimidad tan aparente como frágil, en que el hombre queda, dramática y cómicamente, a solas con el hombre y su razón, abandonado de Dios, con el cual no puede ya entrar en relación". También juegan el paso del corral al teatro decimonónico, el del decorado sugerido al figurado.

"Don Juan deja de ser un símbolo trágico para pasar a encarnar una representación social". El convidado de piedra se transforma en invitado a un visible convite; el fantasma se in-

tegra en el espectáculo; la cena, de ahí en adelante, será piedra angular del éxito del drama; de la misma manera que Zorrilla convertirá la capilla en cementerio, multiplicando los monumentos funerarios. Igual que se dio, pronto, el paso del don Juan, creyente, católico sin dudas, a ateo: uno de los subtítulos de Dorimon es *L'Athée foudroyé*.

Por otra parte, ya en el primer don Juan español posterior a Tirso, *La venganza en el sepulcro*, de Alonso de Córdoba, don Juan realiza, en España y en Flandes, toda clase de proezas hercúleas (militares y no amorosas). En el siglo XVIII, en la mediocre obra de Antonio de Zamora, *No hay plazo que no se cumpla y deuda que no se pague y convidado de piedra*, que todavía deja indecisa la salvación de don Juan, su valor personal está en primer plano. Y don Juan ama (amado lo fue siempre).

En el siglo XIX, la figura de don Juan carece ya de todo simbolismo espiritual y es un reflejo de las costumbres, así los actores vistan capisayo, jubón y calzas. Su carácter ha perdido su significado teológico al enfrentarse con la mujer y las mujeres.

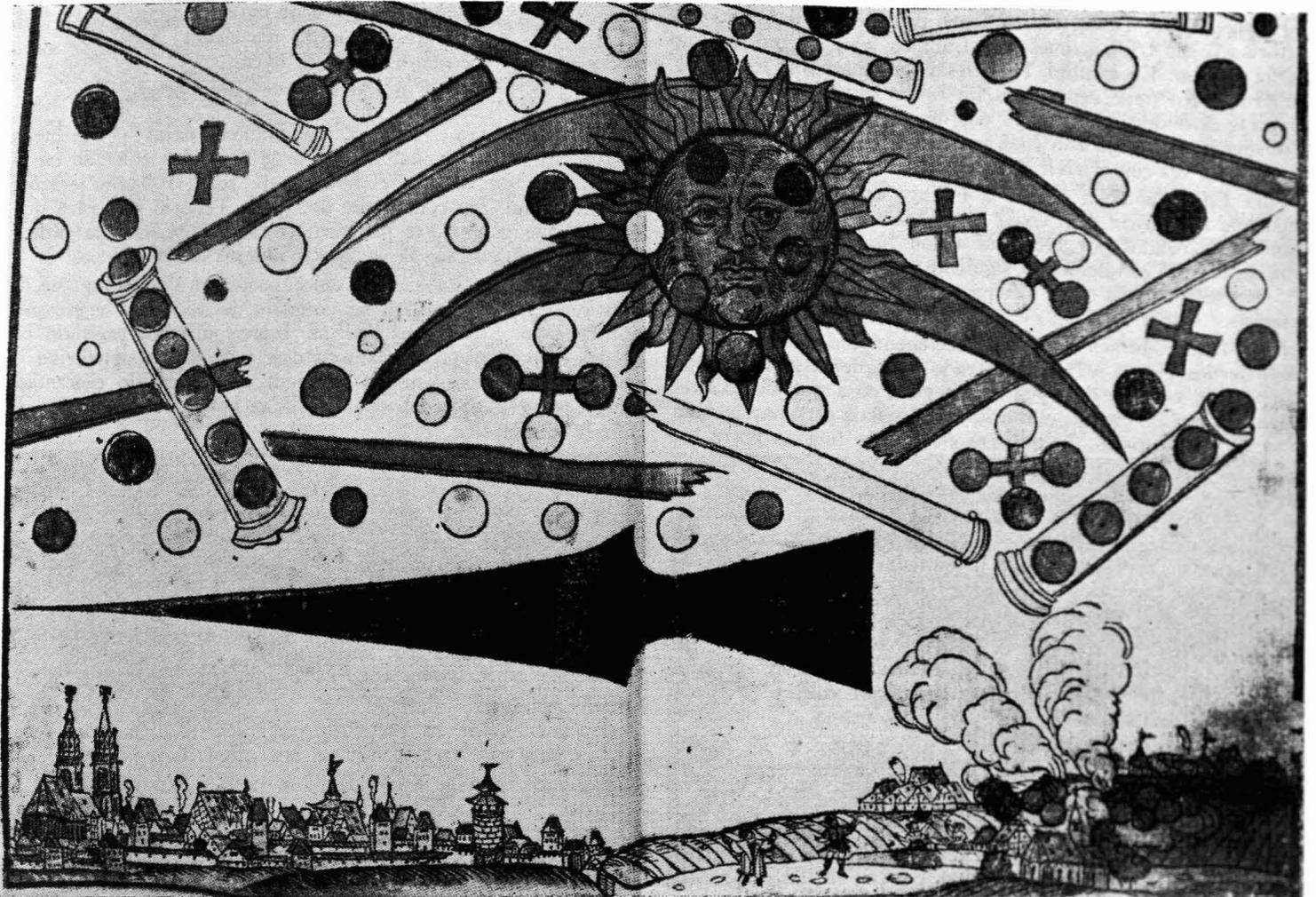
Las fuentes de *Don Juan Tenorio*, de Zorrilla, son conocidas; vienen del drama de Zamora y del de Alejandro Dumas; y sustituyó al primero en las representaciones hechas los días de muertos. "El gran acierto de Zorrilla —dice Casaldueiro— consiste en su nitidez de visión, en la claridad y tersura con que supo destacar la calidad lírica del don Juan romántico-sentimental y su ansia de purificación en el amor".

No se ha resuelto todavía si Merimée se inspiró en el Duque de Rivas —cuyo centenario de su muerte se celebra ahora— o al revés; aunque sea lo más probable que *Don Alvaro o la fuerza del sino* fuera la fuente de *las ánimas del purgatorio* y las dos del *Mañara* de Dumas, padre.

En ambos, don Alvaro y don Juan, metidos a frailes, se ven



"la preocupación primordial era la religiosa"



"dos ángulos vivos que el mito ofrece: el hombre-sol y su relación con los muertos"

obligados a matar. Dumas salva explícitamente a su héroe mientras que el Duque deja flotando la duda.

"Doña Inés en el sofá con su don Juan a los pies —dice Casaldueiro— es la estampa más fiel, la interpretación más fidedigna del corazón burgués, antiheroico, romántico-sentimental de la época"; sin contar que *Don Juan Tenorio*, estrenado en 1844, con sus arias, sus dúos, sus duetos cómicos, sus concertantes, su coro, tiene mucho de ópera, de ópera italiana, gran espectáculo del siglo.

Inútil decir que el desenlace de *Don Juan Tenorio*, que remata en la gloria, si se confronta con la doctrina católica, no resiste el más ligero examen.

Ahora bien, nadie ha puesto en duda lo español, y aun lo sevillano de don Juan. Pero, que yo sepa, nadie se ha preguntado por qué don Juan es español. Voy a intentar dar algunas razones que, si tal vez carecen de base, quisiera suponer que no dejan de ser curiosas.

Don Juan, el que ha venido a ser con el curso del tiempo, no se satisface, busca; él mismo es la búsqueda. No llegaré a decir, para seguir la moda, que viviendo se desvive, pero sí que cuenta con sus únicas fuerzas, sin dudar de sí en ningún momento: semidios. Añádase su pasión por lo nuevo. En ningún sitio como en España pasan tan rápidamente las modas. No me lo discutan, lo sé por experiencia propia, vendedor que he sido de novedades para caballero y señora; sin contar con el ejemplo de Picasso. ¿Por qué? Tal vez por el famoso individualismo, reducido ahora —y quizá antes— al deseo de singularizarse. El español se cansa pronto de lo que tiene. Como es natural, no me refiero a lo político. Ahí, generalmente, está a gusto, enmarcado en lo tradicional. Ese desinterés por lo público le lleva, tal vez, a lo contrario en otros aspectos.

Hacer del donjuanismo, es decir, de la conquista de muchas mujeres un trasunto semita y bíblico como lo quiso Ramón Pérez de Ayala, es olvidar que la moral judía es precisamente contraria a este modo de entender las relaciones sexuales; y, si se refería a lo árabe, no tener en cuenta que las mujeres adscritas, según sus posibilidades económicas, a cada hombre, están presentes, a la vez, en el harem; mientras que la inmoralidad, a la luz judía y cristiana, reside precisamente en su sucesión en el tiempo, en el reemplazo de una por otra. Aun hoy, un hombre que tiene mujer legítima y una o dos amantes no pasa por donjuanesco; y si lo es el que las suma (aun contando con las facilidades del divorcio) "a la que le leu leu" como dicen los

franceses, sin darle al idioma, en este caso, la sana intención que podría tener.

Todo esto viene a cuento de la españolidad de don Juan y de mi suposición de que aquel hombre, sin duda atlético y bien formado, tiene algo que ver con el llamado, en Grecia, Heracles, y mejor conocido, según el latín, por Hércules. En dos palabras, que don Juan tiene no poco del hijo de Zeus:

Hércules el afamado
que ganó primero a España.

Aunque el uno gaste cachiporra, y el otro espada, armas son, y de mano diestra. El uno vestía, a lo sumo, una piel de fiera mal curtida y el otro lucido paño, cambray, sedas, floripondios y raso. El estrado de don Juan, guarnecido de reps y gorgorán, poco tiene que ver con las cuevas, aunque es de suponer que serían las mejores del tiempo, en que descansara el descendiente directo del dios mayor — así fuese bastardo. Los músculos del semidiós —debido a la clava— se desarrollaron más; que no hay como la ciencia para incubar alfeniques, y al fin y al cabo hoy nos lo dan todo hecho. Pero no deja de ser cierto que en el siglo XVII todavía se necesitaba buenos biceps para lo preciso de una vida aventurera. Don Juan debió en eso —y algo más— tener algo de Hércules. Como veremos el parecido es mayor que el de la catadura, aunque si sólo fuera eso no sería poco.

No hubo país en el mundo antiguo como Iberia donde tanto se venerara a Hércules, sobre todo en Andalucía, donde tantas señas y señales visibles quedan de él, de Cádiz a Sevilla, de Gibraltar a Tarifa. ¿Por qué no recordar que de las nueve tragedias de Séneca, dos se refieren a Hércules?

Dejando aparte a Gerión —que no es grano de anís—, según Aristóteles fue Hispalo, hijo de Hércules, el que fundó Sevilla (Hispalis), sucediéndole Hispan, su hijo (de donde España, hija de Hércules). Lo cual explica preferencias. Y el semidiós, según casi todos, fue sepultado en Cádiz. Añádase el *non plus ultra* de sus columnas "que desmintió el Rey Católico", como dijo Quevedo.

De ambos —don Juan y Hércules—, se podría tratar desde los dos ángulos vivos que el mito ofrece: el hombre-sol y su relación con los muertos. Ambos tienen raíces múltiples, y sobre sus orígenes cada sabio da su lección: el sol, el león, la vegetación, etcétera. Sansón, Prometeo pueden, según el lugar, haber contribuido a la formación de la leyenda.

Edipo, Perseo, Teseo, Ulises tienen una historia definida, sus victorias o sus tribulaciones, sus trabajos, van encaminados a un fin preciso. En cambio, Heracles ve amontonarse los suyos sin orden. No tiene reposo, su fin es su yo. Ninguna de sus victorias es definitiva, vaga en pos de sus propias fuerzas. De la misma manera anda don Juan venciendo. Si quisiéramos, topáramos otra vez con el vivir desviviéndose...

Para Edipo la lucha contra la Esfinge es algo definitivo, al igual que la victoria de Perseo sobre Medusa. Ninguno de los triunfos alcanzados por Hércules o don Juan tienen esa traza. Ningún trabajo condiciona el siguiente, ninguno remata la suerte; para ellos el día nace sin pasado y el futuro es incierto: hombres.

En la *Ilíada*, Heracles aparece como enemigo de los dioses. En los Infiernos, golpea a Hades; Hera lo persigue hasta su muerte. Tampoco la vida de don Juan tiene gran cosa que ver con el reposo. El mucho comer, el mucho libar, señala otro paralelismo entre ambas historias; lo que era choque de fuerzas entre los dioses griegos (la lucha entre la virtud y el vicio siempre repugnó al pensamiento griego) pasa a ser lucha entre el bien y el mal al correr de los siglos.

Por otra parte, no olvidemos que Hércules tuvo más de ochenta amantes, sin contar los veinte o veinticinco del sexo contrario, que así eran de liberales los helenos. Tuvo numerosos hijos, que la moral cristiana calla en las aventuras del caballero español.

Hércules y don Juan encarnan la perfección formal del hombre. Ambos luchan por su gusto, animados por sus prendas naturales —la belleza, la fuerza, la destreza— contra los dioses o lo establecido por sus representantes. Ni el uno ni el otro son hidalgos —aunque bien nacidos—, sino artesanos. De ahí la simpatía que despiertan en el común de los mortales, cuando la salvación del alma pasa a segundo término.

Hundido con la muerte del paganismo, Hércules se refunde en don Juan, en la marea del Renacimiento. Si Heracles muere en Cádiz, don Juan nace —o renace— en Sevilla. Si don Juan, a veces, se disfraza con el traje y el nombre del esperado esposo para conseguir sus sabrosos fines, no recurrió a otra treta Zeus con Alcmena, la madre de Heracles. Entre ambos fueron bastante más de 38 los Anfitriones...

Según Josefo, el rey Hiram de Tirso, del tiempo de Salomón, fijó tras el solsticio de invierno las fiestas en honor de Heracles, convirtiendo de hecho al héroe en dios de la naturaleza, que muere cada año, como Adonis.

Hércules y Cupido unidos, la fuerza y el amor; de ahí para llegar a don Juan —el que flecha— por el camino que alegremente señala, no hay más que un paso. Sin olvidar que los trabajos de Hércules son doce, como meses tiene el año.

Tengamos en cuenta que el penúltimo trabajo de Hércules le lleva a los Infiernos, contra el Can Cerbero —algo así como la superiora del convento de doña Inés—, para ir luego a la conquista de las manzanas que guardaban las vírgenes occidentales y morir en el fuego terreno de Oetta, que sustituye la inmortalidad mágica de las Hespérides por otra trascendente y apoteósica. (Las Hespérides, más allá de las columnas de Hércules; Hespero, Venus...)

En dibujos arcaicos se le ve despojar a las Keres de la vejez y de su muerte. Su unión con el fuego está evidentemente ligada a ritos anuales. El Hércules siciliano, resucitando al través del fuego para casarse con la hija de Hera es también, a su manera, la prefiguración de don Juan salvado de las llamas del Infierno por el amor de doña Inés. De donde el salto al través del fuego la noche de San Juan, rito de iniciación para los púberes...

Sin olvidar, por otra parte, que, con el tiempo, Heracles aparecerá como el salvador de Prometeo, el que robó el fuego.

Del drama satírico de Eurípides, donde Heracles no pasa de ser un desvergonzado Falstaff, a la leyenda posterior en que Sileo se convierte en un tirano vencido por Hércules, que acaba casándose con la hija del mal rey, no va más que un paso, que la natural inclinación de las gentes movidas por la simpatía que despertaba dio con gusto, en pro de la dulce imaginación cándida.

Sólo indico mis sospechas de cómo Hércules —y, por ende, don Juan— se convierte en el bandido generoso, tan en boga hoy todavía.

La locura de Heracles y Las Traquinias son dos tragedias casi contemporáneas, pero el héroe de Sófocles es un bruto espléndido, mientras el de Eurípides ya realizó conscientemente sus Trabajos. Acaba de matar, en un acceso de locura, a su mujer y a sus hijos. Clama al cielo, al que interroga ansiosamente. ¿Cómo no unir, de nuevo, Hércules y don Juan, aunque sea el de Zorrilla?

¡Llamé al cielo y no me oyó
y pues sus puertas me cierra
de mis pasos en la tierra
responda el cielo y no yo!

El llamarse Juan es algo más que humo de pajas: por el fuego mismo. El renacer anual del culto de Hércules coincide en el calendario cristiano con el nombre de Juan. Es otra ligazón, otra identidad. Sin contar que don Juan Tenorio será otra primavera que penetre, el primero de noviembre, con la última siembra, en la entraña de la tierra; muerto fecundo.

La Iglesia católica ha intentado apropiarse de las fogatas de San Juan y de don Juan, sin lograrlo del todo. Se le escapan por un pelo. Los fuegos de San Juan continúan teniendo un oscuro empuje pagano, como en don Juan quizá sigue vivo el mito de Hércules, siempre vencedor, y oscurecido el castigo eterno por el placer cobrado en tantas honras dañadas. Puede más la fecundación.

La unión del culto a los muertos con los misterios de la generación no es cosa nueva, ni de ayer. Y, a esta luz, la yuxtaposición de los mitos encerrados en el primer don Juan, el de *Tirso de Molina*, el Burlador y el Convidado de Piedra, la vida y muerte, cobran nueva unidad. No voy a asegurar que lo sabía el fraile de la Merced, pero nunca sabemos a dónde lleva lo que hacemos.

Ya en los Vedas, el fuego del hogar representa la causa de la posteridad masculina, y sin duda, los falos de piedra de las tumbas frigias y lidias, que coronan sus túmulos, tienen un sentido parecido: llama enhiesta que vuelve a unir el fuego, el ardor, de las noches de San Juan y de don Juan. El Burlador lo es de la muerte, y, como Hércules, siempre redivivo.

Tampoco debemos echar al olvido que del rito de los muertos nació, en Roma, la fiesta de los Lupercales, hombres que, medio desnudos, perseguían por las calles a las mujeres —es decir, los lobos (lupus-ircus), raíz, tal vez, del *wolf* norteamericano empleado para estigmatizar a donjuanes de variadas estofas.

A su vez, la fiesta de San Juan es conocida, en todos los campos del mundo, por ser cobijadora de muchos futuros. Hércules es semidios semillero y don Juan no se queda atrás.

Tanto Hércules como don Juan representan una aspiración de cierta parte de la humanidad. Heracles fue el único semidios que tuvo adoradores en toda Grecia —y ya vimos lo que representó en España—, de la misma manera que don Juan es un héroe universal español. Las condiciones geográficas refuerzan el paralelo.

Este don Juan que entra triunfando y es el verdadero, ruega con el bien, y, si no le atienden, desencaja las puertas con el mazo dando. Entra en el señorío y hace tributarias a las mujeres; todo es suyo, por el hecho de haber nacido. Para ello, tanto le da profanar, quebrantar o corromper. No tuerce la justicia porque es la fuerza y, por ende, lo que prevalece, lo que engendra. Valiente y, si se puede, cortés; si no, antes cuenta el gusto de quien puede. No trasgrede las leyes naturales: derriba las vallas que la costumbre estableció sin contar con él. Entra por las ventanas de la ocasión, fiado en su entereza, que nunca pierde. Que eso es: entero, de una pieza.

El mundo se hizo para él, pero no es exclusivo, ni sabe de aristocracia. El éxito popular demuestra que es héroe democrático, lo que molestará a los invertidos inventores. Zamora le hace decir:

Además que yo a ninguna
(en teniendo buena cara
para complacer el gusto)
le averiguo la prosapia.

Comparte cuanto haya que repartir, mano y mesa abierta. Generoso, de cuanto hay, que es todo. Lleva lo que sea por punta de lanza, debido a la fuerza de su brazo; si los demás no lo hacen no se le culpe, sino a la flaqueza de los contrarios. Prevalce siempre el que más puede y la justicia se rinde al más fuerte. Si lo supo en tiempos en que no andaba escrito en todas las esquinas, no fue culpa suya. Forcejea y sigue adelante; como el agua por los cauces más naturales. ¿Quién sufre de buena gana? Algún enfermo de raíz. El no, que goza de buena salud y quiere hacer partícipes de ella. Alegre, satisfecho, optimista, exulta aunque algo se le oponga —y tal vez por ello—, con tal de vencer. No se vanagloria: lo que importa es estar en la gloria. Sol.

No cuenta sobresalir o prevalecer, sino seguir adelante, como uno más, con su gusto. Para ello, dicen, engaña a las mujeres. ¿Qué culpa tiene si se dejan? Algo las llevará a eso. Si fuese

feo, mudo, enclenque, cojo o pustulento no lo conseguiría. Además, alguna le agradecerá los ultrajes.

Conquista y ara el mundo. Claro está que las conquistadas — los conquistados — pueden tener otra opinión; nadie lo niega. Pero, ¿por qué no conquistan ellos?

No humilla, vence. Dicen que el amor lo puede todo, ¿y la fuerza, qué tal? Como es de suponer, no lo es todo, ¿mas si se aúnan los dos?

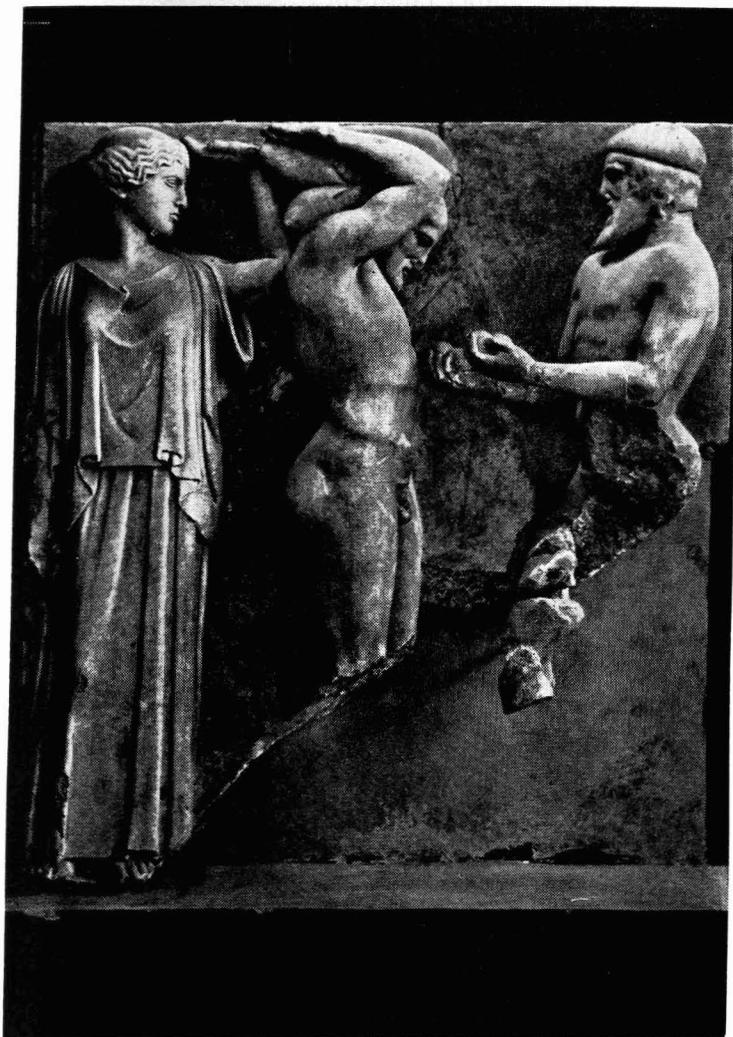
Repróchanle su falta de constancia, con razón, pero un mortal no lo puede reunir todo. Y constantes los hay a granel.

Juega y gana; lo que todos sueñan. Para ganar, jugar. Es duro, lo sienten los blandos. ¿Qué hacer? ¿Acabar con él? Mántalo en todos los dramas. Y retoña.

No se resigna. Habla. No levanta los ojos al cielo, sino a lo suyo. No se lamenta ni tiene su suerte por desdicha, a todo busca remedio, y no en la paciencia. No baraja, se atreve. Aco-

El XVIII lo pone en solfa; Gluck, el primero, en 1760; Purcell (*The Libertine*) en 1776; Mozart en 1797.

Del XIX ya hablé. En el XX se dio el curioso fenómeno de poner en entredicho su hombría; Pérez de Ayala y Marañón ayudando, Ortega pudo llegar a asegurar que: "no es el hombre que hace el amor a las mujeres, sino el hombre a quien las mujeres hacen el amor". Dejando aparte el gusto del escritor madrileño por llevar siempre la contraria —o aparentarlo—, que es una manera relativamente fácil de deslumbrar, no hay duda que la aseveración respondía a cierto cariz de su tiempo. Él, Marañón y Pérez de Ayala (no es coincidencia que los tres volvieran a Madrid, el rabo entre las piernas) tenían a la fuerza que tener ese concepto peyorativo del héroe. Les molestaba la fuerza, y, acatándola sin querer admitirlo, tenían que buscarle las vueltas. Ese don Juan afeminado que tanto éxito tuvo entre los literatos finos y tiquismiqueros, no trascenderá nunca al



"Sin olvidar que los trabajos de Hércules son doce, como meses tiene el año"

mete, valeroso —inútil decirlo—; no repara en afrentas ni se espanta ni se recata ni se avergüenza. Se arroja al peligro. Sin importarle la muerte, la desafía. Si desaparece, otro tallará. Rompe con el miedo, atrevido. Olvida. Ama el mundo, lo desea, lo toma y no lo deja. Echa los pelillos al mar y el pecho al agua y no le engaña el corazón. Además: hermoso. De eso —claro está— no hablan sus detractores españoles, sea Marañón, Pérez de Ayala u Ortega. Y con la hermosura no hay treta que valga: entra por los ojos. Se le desmayan. Es guapo —un adonis—, no envejece: renace cada año. Majó y galán. Bien plantado, bien parecido: agraciado. Ya se dijo: un sol. No le notan los defectos, deslumbra. Él no tiene la culpa, se la echan los demás.

Don Juan es el conquistador. Algo de él y de Hércules tienen Hernán Cortés y Pizarro. No me dejará mentir la Malinche.

La vida es más fuerte que la muerte, que encarna en ella, y don Juan, al saltar las fronteras españolas, perderá su cauda ultraterrena, para sólo figurar la aventura.

Renace de sus cenizas Hércules, digamos en 1630, pasa a Italia hacia 1650 (Giagonini y la Comedia del Arte), de donde posiblemente lo recoge Molière (1665) y Corneille, el Joven (1677). Con el mismo patronímico escribirá su drama *Valthen*, en 1690, idéntica fecha por la que, en Inglaterra, pergeña el suyo *Shadwe*. El español de Zamora es de 1727.

pueblo, y, por eso mismo, es falso. Les nació su ser ambiguo, híbrido andrógino que recuerda a algún beatífico San Juan bien pintado —si no bien plantado— que nada tiene que ver con el de los carpinteros. Es un don Juan falso, visto de espaldas, confundido con la imagen que del mundo se hacían —haciéndose favor— tan buenos escritores.

Don Juan fue siempre otra cosa: la belleza masculina y la fuerza; el que siempre va adelante sin importarle las desgracias o los placeres que siembra. Don Juan —recuerdo de Hércules— es impío —a lo divino y a lo humano—, rebelde, y acaba por encaramarse a la inmortalidad en contra del parecer de los dioses. Es, en cierto modo, la inmortalidad surcadora de nuevas tierras, la vida. Por eso hablan y han hablado y tantos de él. Y lo que cuelga.

No es pasivo, sino activo. Se parece bastante a cualquier galán de cine y cumple lo que deseaban las amorosas de Lope:

No digan que es menester
que el amo que ha de matar
del primer golpe ha de ser.

Tal vez, probablemente, nada de lo que acabo de señalar es totalmente cierto. Lo mismo da, dicho queda.